

VICENTE VERDÚ

APOCALIPSIS
NOW

Una lectura actualizada
del texto de san Juan

Índice

PRÓLOGO: LOS MUERTOS VIVIENTES	7
LOS AMANTES DE CANTOS DORADOS	11
EL RELATO DEL HORROR	17
EL FIN DE LOS TIEMPOS	25
UN SILENCIO DE MEDIA HORA	31
EL IMPERIO DEL MAL	37
EL REINO DE LOS NÚMEROS	43
EL PODER DE LA HIPOTECA	51
LA ABYECCIÓN DEL DINERO	57
EL CORDERO DE DIOS	63
LA EDAD DE LAS SOMBRAS	69
EL ENCANTO DE SATÁN	73
AL BORDE DEL PRECIPICIO	81
EL SÉPTIMO SELLO	91
EPÍLOGO: EL LEOPARDO DEL MUNDO	97
APOCALIPSIS DE SAN JUAN (ED. DE CANTERA-IGLESIAS)	103

Prólogo

Los muertos vivientes

Que los zombies hayan estado de moda durante estos años de la Gran Crisis refleja una plástica y asquerosa idea de la situación. Lo característico de un zombi es que, al presentarse como muerto, ya no se le puede eliminar. Pero, también, al comportarse como seres sin vida y que no pueden temer a nada, no se les puede de ninguna manera ahuyentar. Efectivamente, tampoco se puede dialogar con ellos porque su lengua está muerta, sus oídos han estallado y su mente se ha desflecado, como si las neuronas hubieran adquirido la forma de enredos en un mar de algas o de composiciones así.

Puede que escuchen, puede que posean un desfallecido sentido del olfato y el gusto y, en efecto, quieren mordernos como un designio que ha superado su capacidad de razón.

Justamente por ello, porque la razón ha escapado de sus cabezas, no solo nos muestran una apariencia de enfermos, sino también de locos sin voluntad ni entendimiento cabal. Deliran sin componer sentencias de ningún género y se mueven como si en sueños solo pudieran tantear sin acierto ni cohesión. Y esto ha de ser así porque al morir se liberan del severo sentido de supervivencia y del yugo del pensamiento lógico, que en sus condiciones no les procuraría beneficio alguno ni contribuiría a espolear positivamente su proceder.

El zombi, una y otra vez, se significa notablemente por su pedernal obstinación. Los zombies no se detienen ante nada

y poco importa que los obstáculos sean superiores a sus pasos, les superen las alturas o les corte su desfile un arroyo o un barrizal. Topan contra las puertas, contra los muros, contra los charcos, contra los carros de combate, pero no cejan nunca en su mortuoria agresividad. O mejor, su agresividad carece de graduación, y con un mismo tono muscular, en apariencia fracasado, se abalanzan contra todo aquello que ven vivir.

Si provocan más temor que los vampiros o los fantasmas debe ser porque al menos aquellos nacen vivos, y desaparecen cuando les toca la vez. Una insignia de la cruz o cualquier amuleto apropiado sería capaz de paralizar su acción. Pero con los zombies nada de esto da el menor resultado al día de hoy, ni tampoco cualquier contraofensiva ha producido efectos que justificaran su invención. Han traspasado la muerte, nada menos, y empapados por ella se dirigen como autómatas a la muerte de los demás, tal como si la vida que no poseen les hubiera convertido en los más ávidos buscadores de ella. Y no para nutrirse con sus sustancias vitalizadoras, sino para destruirlas con sus dientes feroces y sus uñas de hielo.

Esta Gran Crisis ha mostrado una temperatura y un temperamento de parecida condición. La Crisis viene a devorarnos sin que sepamos exactamente el por qué de su voracidad, ni de qué modo esta muchedumbre de monedas muertas contagia a las otras monedas para crear un cementerio del valor donde unos segundos antes corría la sangre por las venas. Esta Crisis se comporta como un monstruo sin cabeza que parece buscar más el deterioro del Todo que el beneficio de algunos en detrimento de la totalidad. No hay beneficio cuando el territorio entero se empobrece y empobrece sin cesar, cuando la liquidez se escapa por canales improductivos y solo la idea de la muerte sería coherente con el estrago general. Esta crisis sin explicación se suma a los zombies en la misma operación de causar pánico y más pánico para ahuyentar las inversiones, los proyectos de vida, los deseos de hacer y no dejar en pie las ilusiones por construir.

Crisis de zombies que espantan, crisis de zombies que corroen los pilares del sistema y abren heridas por doquier. Heridas sanguinolentas que no dejan de manar malos augurios, pronósticos aciagos, descensos de las bolsas, esquelas de las agencias de *rating* y aumento de las pústulas en las primas de riesgo que amenazan con aplastarnos más.

El cuerpo ulceroso en lo económico o en lo social ha reproducido la superficie de estos zombies que no poseen destino alguno en este mundo. O que hacen del mundo al que invaden un horrendo diorama donde los muertos dominan la escena, no en cuanto símbolos paralizados, sino como fuerzas negativas que incrementarán los enterramientos, multiplicarán las sepulturas y sembrarán el campo de supuraciones contra la fertilidad.

Avanza esta economía zombi con los rostros descompuestos y los cuerpos a la manera de una bacanal de destino leucémico, cada día más empedernida en transformar la sangre colorada en secreciones descoloridas privadas de fuerza y de cualquier solución semental. A todas las series de zombies en la televisión y a la colección de películas de la misma especie ha seguido, en la primavera de 2012, el lanzamiento por parte de la compañía Six to Start de un juego llamado *Zombies, run!* Un juego que, combinando el deporte con la literatura y la tecnología, tiene por objetivo inducir a quienes hacen *footing* a la resistencia y aceleración de sus solitarias carreras.

A diferencia de lo que ocurría en el deporte «positivo», intensificado o sostenido mediante voces de aliento, en el *footing* con *Zombies, run!* los auriculares transmiten amenazas, acosos y una temible persecución del mal. La horda de zombies se acerca y el corredor debe acelerar el paso a imagen y semejanza de la proximidad amenazadora de las muchas quiebras que han cobrado, día a día, escala y mortalidad. Nada de pararse, nada de administrar las fuerzas contra ese mal que puede deshacernos: hay que escapar, hay que salir de esta crisis zombi, tenaz y mortífera, por el sitio que sea.

¿Pero por dónde? Solo se conoce que es indispensable huir. Y en esa huida tratar de salvar el pellejo, los ahorros, el empleo, cualquier valor que nos separe de la muerte segura. Hay que apartarse del borde del precipicio de cualquier día siguiente cuajado de mayor maldad, y protegerse contra la gran explosión que puede llegar como una maldición apocalíptica ante la cual, parece, solo queda la superstición, la oración y la resignación.

La Gran Crisis es así una crisis zombi. Procede de un mundo ya muerto, de un sistema capitalista que se empeña en continuar su imperio, arrastrando el patético desfile de sus injusticias, repitiendo la letanía de sus cumbres ineficaces protagonizadas por mandatarios que ya han muerto dentro de sus trajes, tan raídos y obsoletos como sus modos de pensar.

Las medidas de austeridad, apoyadas en el propósito de llegar a un equilibrio, no llevan sino a la reiteración del error de cuyos oscuros intestinos nacen más zombies, anhelando convertir a la población en otros zombies y terminar con ello en el valle de Josafat, donde todos compareceremos, con el mismo porte y tras el Apocalipsis, a la celebración del formidable Juicio Final.